

### CAPÍTULO III

#### La anarquía mental en los momentos de la Revolución y el papel asignado á los filósofos.

##### § 1.—ORIGEN Y PROPAGACIÓN DE LAS IDEAS REVOLUCIONARIAS.

La vida exterior de los hombres de cada edad está moldeada sobre una vida interior constituida por una armadura de tradiciones, de sentimientos y de influencias morales que dirigen su conducta y mantienen ciertas nociones fundamentales, á las que se someten sin discutir las.

Que la resistencia de esta armadura se debilite, y las ideas sin influencia posible anteriormente podrán germinar y desarrollarse. Ciertas teorías, cuyo éxito fué inmenso en los momentos de la Revolución, hubiéranse disipado dos siglos antes al chocar con infranqueables muros.

Estas consideraciones tienen por objeto recordar que los acontecimientos exteriores de las revoluciones son siempre consecuencia de invisibles transformaciones lentamente operadas en las almas. El estudio profundo de una revolución necesita, pues, el del terreno mental, sobre el cual germinan las ideas que fijarán su curso.

Siendo por lo general muy lenta, la evolución de

las ideas permanece á menudo invisible durante el transcurso de una generación. No se comprende la extensión si no es comparando el estado mental de las mismas clases sociales en las extremidades de la curva recorrida por los espíritus. Principalmente, para darse cuenta de las ideas diferentes que tenían de la realeza los hombres instruidos bajo Luis XIV y Luis XVI, pueden ponerse en contacto las teorías políticas de Bossuet y de Turgot. Bossuet expresaba las concepciones generales de su época sobre la monarquía absoluta al fundar la autoridad de un gobierno sobre la voluntad de Dios, «único juez de las acciones de los reyes, siempre irresponsable ante los hombres». La fe religiosa era entonces tan fuerte como la fe monárquica, de la que parecía ser inseparable, y ningún filósofo hubiera logrado hacerla desaparecer. Los escritos de los ministros reformadores de Luis XVI, los de Turgot, por ejemplo, están animados de un espíritu diferente. Ya no se habla más del derecho divino de los reyes, y el derecho de los pueblos comienza á dibujarse netamente.

Una porción de acontecimientos habían contribuido á preparar semejante evolución; guerras desgraciadas, hambre, impuestos, miseria general á fines del reinado de Luis XV, etc. Lentamente borrado el respeto de la autoridad monárquica, había sido sustituido por una revolución de espíritus, dispuesta á manifestarse en cuanto se presentara ocasión.

Toda armadura mental que comienza á disociarse se disgrega rápidamente. Por esto en los momentos de la Revolución vióse la propagación tan rápida de ideas por ningún concepto nuevas, pero que hasta entonces habían permanecido sin in-

fluencia, faltas de hallar un terreno donde pudieran germinar.

Sin embargo, las ideas que seducían en aquellos momentos los espíritus habían sido repetidas muchas veces. Desde largo tiempo inspiraban la política de los ingleses. Dos mil años antes, los doctores griegos y latinos habían defendido la libertad, maldecido los tiranos y proclamado los derechos de la soberanía popular.

Los burgueses que hicieron la Revolución, aunque habían aprendido, así como sus padres, todas estas cosas en los libros de texto, no se habían sentido conmovidos, porque no había llegado el momento en que pudieran conmoverles. ¿Cómo podría el pueblo haberse sorprendido más en la época en que se acostumbraba á respetar como necesidades naturales todas las jerarquías?

La verdadera acción de los filósofos sobre la génesis de la Revolución, no es la que de ordinario se les atribuye. Nada nuevo revelaron, sino que desarrollaron el espíritu crítico, al cual no resisten los dogmas cuando su disgregamiento está ya preparado.

Bajo la influencia del desarrollo de ese espíritu crítico, las cosas que comenzaban á no ser ya respetadas lo fueron cada vez menos. Cuando el prestigio y la tradición se disiparon el edificio social se vino abajo violentamente.

Este disgregamiento progresivo acabó por descender hasta el pueblo, pero no fué empezado por él. El pueblo sigue los ejemplos y no los crea jamás.

Los filósofos que no hubieran podido ejercer ninguna influencia sobre el pueblo ejercieron una muy grande sobre las clases ilustradas de la nación. La nobleza, alejada durante largo tiempo de

las funciones públicas y, por consiguiente, descontenta, se había puesto á su remolque.

Incapaz de prever nada, fué la primera en arrollar todas las tradiciones que constituían, sin embargo, su única razón de ser. Tan saturada de humanismo y de racionalismo como la burguesía actual, no cesó de minar por medio de crítica sus propios privilegios. Era como actualmente entre los favorecidos de la fortuna donde se encontraban los más ardientes reformadores. La aristocracia encarrecía las discusiones sobre el contrato social, los derechos del hombre y la igualdad de los ciudadanos. Aplaudía las obras de teatro que criticaban los privilegios, lo arbitrario, la incapacidad de las gentes y los abusos de todas clases.

Así que los hombres pierden confianza en los fundamentos de la armadura mental que dirige su conducta, experimentan malestar y más tarde descontento. Todas las clases veían disiparse lentamente sus antiguas razones de actuación. Lo que había tenido prestigio á sus ojos desde siglos, ya no lo tenía.

El espíritu crítico de los escritores de la nobleza no hubiera bastado á arrollar el peso excesivo de las tradiciones; pero su acción se superponía á otras influencias profundas. Citando á Bossuet, ya hemos dicho más arriba que, bajo el antiguo régimen, el poder religioso y el poder civil, muy separados en nuestros días, hallábanse íntimamente ligados; tocar uno era necesariamente alcanzar el otro. Por tanto, antes que la idea monárquica fuese arrollada, la fuerza de la tradición religiosa estaba muy arraigada en los cerebros cultivados. Los progresos constantes del conocimiento habían hecho pasar cada vez más los espíritus de la Teología á la cien-

cia, oponiendo la verdad observada á la verdad revelada.

Esta evolución mental, aunque muy imprecisa todavía, permitía percibir, sin embargo, que las tradiciones que habían guiado á los hombres durante siglos no tenían el valor que se les atribuía y que tal vez fuese necesario reemplazarlo.

Pero ¿dónde descubrir los elementos nuevos que puedan sustituirse á la tradición? ¿Dónde buscar el artilugio mágico capaz de elevar otro edificio social sobre las ruinas del ya no apetecido?

El acuerdo de atribuir á la razón la potencia que la tradición y los dioses parecían haber perdido, fué unánime.

¿Cómo dudar de su fuerza? Habiendo sido innumerables sus descubrimientos, ¿no era legítimo suponer que aplicada á la construcción de las sociedades las transformaría por completo?

Su posible importancia crece, pues, muy de prisa en los espíritus á medida que la tradición se presenta ante ellos cada vez como más despreciable.

Este poder soberano atribuido á la razón debe ser considerado como la idea culminante que, no solamente engendró la Revolución, sino que la gobernó por entero. Durante su transcurso los hombres se entregaron á los esfuerzos más perseverantes para romper con el pasado y edificar las sociedades sobre un plano nuevo dictado por la lógica.

Las teorías racionalistas de los filósofos al descender lentamente al pueblo, se resumieron para él en esta simple noción: todas las cosas consideradas en otros tiempos como respetables no lo eran. Siendo declarados iguales todos los hombres, los antiguos dueños no debían ser ya obedecidos.

La multitud se acostumbró fácilmente á no res-

petar lo que las mismas clases superiores habían cesado de respetar. Cuando la barrera del respeto cayó, la Revolución estaba hecha.

La primera consecuencia de esta mentalidad nueva fué una insubordinación general. Mad. Vigée-Lebrun cuenta que en el paseo de Longchamp las gentes del pueblo subíanse á los estribos de las carrozas, diciendo: «El año próximo vosotros iréis detrás y nosotros dentro.»

No era sola la plebe en manifestar insubordinación y descontento. Estos sentimientos fueron generales en vísperas de la Revolución: «El clero inferior, dice Taine, es hostil á los prelados, los gentiles hombres de provincias á la nobleza de la corte, el vasallo al señor, el campesino al ciudadano, etcétera, etc.»

El estado espiritual, que se había extendido de la nobleza y del clero al pueblo, invadía igualmente el ejército. En el momento de la apertura de los Estados Generales, decía Necker: «No estamos seguros de nuestras tropas.» Los oficiales hacíanse humanitarios y filosofaban. Los soldados reclutados en la clase más baja de la población no filosofaban, pero no obedecían. En sus sencillos cerebros las ideas de igualdad significaban simplemente la supresión de los jefes y, por consiguiente, de toda obediencia. En 1790 más de veinte regimientos amenazaban á sus oficiales, y algunas veces, como en Nancy, los encarcelaban.

La anarquía mental, que después de haber existido en todas las clases de la sociedad invadía el ejército, fué la causa principal de la desaparición del antiguo régimen. «La defección del ejército ganado por las ideas de Tiers, escribía Rivarol, es lo que ha aniquilado la realeza.»

§ 2.—SUPUESTA IMPORTANCIA DE LOS FILÓSOFOS DEL SIGLO XVIII EN LA GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN.—SU ANTIPATÍA POR LA DEMOCRACIA.

Los filósofos, supuestos inspiradores de la Revolución francesa, combatieron ciertos prejuicios y abusos; no se debe por esto considerarlos como partidarios del gobierno popular. La democracia, cuya importancia habían estudiado en la historia griega, érales por lo general muy antipática. No ignoraban el efecto, las destrucciones y las violencias, que son su invariable cortejo, y sabían que en tiempos de Aristóteles había ya sido definida como «un Estado donde todo, hasta las leyes mismas, dependen de la multitud erigida en tirano y gobernada por algunos declamadores».

Pedro Bayle, verdadero antecesor de Voltaire, recordaba en los siguientes términos las consecuencias producidas por el gobierno popular en Atenas:

«Ante una historia que presentase con mucha extensión los tumultos de las asambleas; las facciones que dividían á esta ciudad; las sediciones que la agitaban; los más ilustres ciudadanos perseguidos, desterrados, condenados á muerte por la voluntad de un violento arengador, habría que persuadirse de que este pueblo que se preciaba tanto de libertad era en el fondo esclavo de un reducido número de cabalistas que se llamaban demagogos y que le hacían girar tan pronto á un lado como á otro, según cambiaban sus pasiones, como el mar empuja las olas, según los vientos que le agitan. En vano se buscará en la Macedonia, que era una monarquía, tantos ejemplos de tiranía como presenta la historia ateniense.»

No seducía la democracia mucho más á Montesquieu. Después de describir las tres formas de gobierno: el republicano, el monárquico y el des-

pótico, demuestra muy bien lo que fácilmente llega á ser el gobierno popular:

«Se era libre con leyes, se quiere serlo contra ellas; lo que era máxima, se llama rigor; lo que regla, traba. Otras veces, los bienes de los particulares formaban el Tesoro público; pero ahora el Tesoro público se ha convertido en patrimonio de los particulares. La República es un despojo, y su fuerza no es más que el poder de algunos ciudadanos y la libertad de todos.

«... Se forma de pequeños tiranos, que tienen los vicios de uno solo. Muy pronto, el residuo de libertad llega á ser insostenible; un solo tirano se eleva y el pueblo pierde todo, hasta las ventajas de su corrupción.

«La democracia tiene, pues, dos excesos que evitar: el espíritu de igualdad extrema que la conduce al despotismo de uno solo, como el despotismo de uno solo que acaba por la conquista.»

El ideal de Montesquieu era el gobierno constitucional inglés, que impedía á la Monarquía el degenerar en despotismo. La influencia de este filósofo fué, por lo demás, muy débil en los momentos de la Revolución.

En cuanto á los enciclopedistas, á los cuales se atribuye igualmente una gran importancia, para nada se ocuparon de política, salvo tal vez Holbach, monárquico liberal como Voltaire y Diderot. Defienden sobre todo la libertad individual, combaten las usurpaciones de la Iglesia, entonces muy intolerante y enemiga de los filósofos. No siendo ni socialistas ni demócratas, la Revolución no tuvo que utilizar ninguno de sus principios.

El mismo Voltaire mostrábase poco partidario de la democracia:

«La democracia, dice, no parece convenir más que á un pequeño país, y aun es preciso que esté bien situado; por muy pequeño que sea cometerá muchas faltas, porque estará compuesto de hombres. La discordia reinará como en

un convento de frailes; pero no habrá ni San Bartolomé, ni asesinatos de Irlanda, ni Vísperas Sicilianas, ni Inquisición, ni condenación á las galeras por haber cogido agua del mar sin pagar, á menos que no se suponga esta república compuesta de diablos en un rincón del infierno.»

Todos estos presuntos inspiradores de la Revolución tenían, pues, opiniones muy poco subversivas, y era realmente difícil atribuirles una influencia seria sobre el desarrollo del movimiento revolucionario. Rousseau fué uno de los pocos filósofos demócratas de su época, y por ello el Contrato social llegó á ser la biblia de los hombres del Terror. Parecía proporcionar la justificación racional necesaria para excusa de los actos derivados de los impulsos místicos y afectivos inconscientes que ninguna filosofía había inspirado.

A decir verdad, por otra parte los instintos democráticos de Rousseau eran bastante sospechosos. Él mismo consideraba que sus proyectos de reorganización social, basados en la soberanía popular, no serían aplicables más que á una ciudad muy pequeña. Y cuando los poloneses le pidieron un proyecto de Constitución democrática, les aconsejó la elección de un rey hereditario.

Entre las teorías de Rousseau, la relativa á la perfección del estado social primitivo tuvo mucho éxito. Aseguraba, con diversos escritores de su época, que los hombres primitivos eran perfectos, y que no habían sido corrompidos más que por las sociedades. Modificando éstas por medio de leyes buenas, se conseguiría la dicha de los primeros tiempos.

Extraño á toda psicología, creía á los hombres idénticos á través del tiempo y del espacio y los consideraba como si todos debieran ser regidos por

las mismas instituciones y las mismas leyes. Era entonces la creencia general. «Los vicios y las vicisitudes de un pueblo, escribía Helvetius, son siempre un efecto necesario de su legislación... ¿Cómo dudar que la virtud no sea en todos los pueblos efecto de la sabiduría más ó menos grande de la administración?»

### § 3.—LAS IDEAS FILOSÓFICAS DE LA BURGUESÍA EN LOS MOMENTOS DE LA REVOLUCIÓN.

Es bastante difícil precisar las concepciones filosóficas y sociales de un burgués francés en los momentos de la Revolución. Se reducen á algunas fórmulas sobre la fraternidad, la igualdad y el gobierno popular, resumidas en la célebre declaración de los Derechos del hombre, cuyos fragmentos tendremos ocasión de reproducir.

Los filósofos del siglo XVIII no parecen haber ejercido sobre los hombres de la Revolución, un gran prestigio. Hipnotizados por sus recuerdos clásicos de Grecia y Roma, los nuevos legisladores releen á Platón y Plutarco. Querían resucitar la constitución de Esparta, sus hábitos, su vida frugal y sus leyes.

Licurgo, Solón, Milciades, Maulins, Torquato, Bruto, Mucius Scævola y hasta el fabuloso Minos fueron tan familiares en la tribuna como en el teatro, y el público se apasionaba por ellos. Las sombras de los héroes del mundo antiguo se proyectaron siempre sobre las asambleas revolucionarias. Sólo la posteridad debía proyectar la de los filósofos del siglo XVIII.

Se aprecia, pues, que en realidad, los hombres de este período, generalmente representados como audaces innovadores, guiados por sutiles filósofos, no pretendían innovar por ningún concepto, sino volver á un pasado sepulto desde largos tiempos en las incertidumbres de la historia, y del cual, por otra parte, nada comprendieron.

Los más razonables que no tomaban sus modelos de tan lejos, soñaban simplemente en adoptar el régimen constitucional inglés, cuyas ventajas habían encarecido Montesquieu y Voltaire, y al que todos los pueblos debían acabar por imitar sin crisis violentas.

Sus ambiciones se limitaban á perfeccionar la monarquía existente y no á hacerla desaparecer. Pero en épocas de revolución los caminos recorridos son, por lo general, muy diferentes á los que se proponen recorrer. En tiempos de la convocatoria de los Estados Generales nadie hubiera supuesto jamás que una revolución de pacíficos é ilustrados burgueses se transformaría en una de las más sangüinarias dictaduras de la historia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1900 1925 INSTITUTO MEXICANO

## CAPÍTULO IV

### Ilusiones psicológicas de la Revolución francesa.

§ 1.—LAS ILUSIONES SOBRE EL HOMBRE PRIMITIVO, SOBRE LA VUELTA AL ESTADO NATURAL Y SOBRE LA PSICOLOGÍA POPULAR.

Ya hemos recordado, y de nuevo insistiremos, que de los errores de una doctrina que no perjudican á su propagación, sólo debe ser considerado el de su influencia sobre los espíritus.

Pero si la crítica de los errores no ofrece ninguna utilidad práctica, es en extremo interesante desde el punto de vista psicológico. El filósofo deseoso de descubrir cómo se impresionan los hombres, deberá de estudiar con cuidado las ilusiones que alimentaron. Jamás tal vez en el curso de la historia aparecieron éstas tan profundas y numerosas como en el momento de la Revolución.

Una de las más manifiestas fué el singular concepto formado de la naturaleza de nuestros primeros antecesores y de las sociedades primitivas.

No habiendo revelado aún la antropología las condiciones de existencia de nuestros lejanos antecesores, era admitido, bajo la influencia de los relatos bíblicos, que el hombre había salido perfecto de manos del Creador. Las primeras sociedades

constituían modelos, alterados más tarde por la civilización, y á los cuales era preciso remontarse. La vuelta al estado natural pronto se convirtió en voz pública. «El principio fundamental de toda moral sobre que ya he razonado en mis escritos, decía Rousseau, es que el hombre es un ser materialmente bueno que ama el orden y la justicia.»

La ciencia moderna, determinando de acuerdo con los restos de su industria las condiciones de existencia de nuestros primeros antecesores, ha demostrado desde hace largo tiempo el error de esta doctrina. Para ella, el hombre primitivo ha sido un bruto feroz, ignorando, como el moderno salvaje, la bondad, la moral y la piedad. Guiado únicamente por sus impulsos instintivos, precipitábase sobre su presa cuando el hambre le empujaba fuera de su caverna, y se lanzaba sobre su enemigo cuando el odio le excitaba. No habiendo nacido todavía la razón, ninguna influencia podía tener sobre sus instintos.

El fin de la civilización, en contra á toda creencia revolucionaria, no ha sido volver al estado natural, sino más bien salir de él. Precisamente por haber conducido al hombre al estado primitivo, los jacobinos, destruyendo todos los frenos sociales sin los que no hay civilización que pueda existir, transformaron una sociedad disciplinada en horda bárbara.

Las ideas de los teóricos sobre la naturaleza del hombre pueden equipararse á las de un general romano sobre el poder de los augures. Sin embargo, su influencia como móvil de acción fué considerable. La Convención se inspiró siempre en ellas.

Los errores referentes á nuestros primitivos antecesores eran bastante excusables, ya que antes

de los descubrimientos modernos sus verdaderas condiciones de existencia permanecían profundamente ignoradas. El desconocimiento completo de la psicología de los hombres que rodeaban á los teóricos de la Revolución, es mucho menos explicable.

Ciertamente parece como si filósofos y escritores del siglo XVIII se hallasen totalmente desprovistos de la menor facultad de observación. Vivieron en medio de sus contemporáneos sin verles ni comprenderles. Sobre todo, el alma popular jamás fué sospechada por ellos.

El hombre del pueblo aparecíaseles siempre moldeado sobre el modelo quimérico acariciado por sus sueños. Tan ignorantes de la psicología como de las enseñanzas de la historia, considerábanlo como naturalmente bueno, afectuoso, agradecido y siempre dispuesto á escuchar la razón.

Los discursos de los constituyentes muestran lo profundo de sus ilusiones. Cuando los campesinos comenzaban á quemar los castillos, mostráronse muy extrañados, y dirigiéronles arengas sentimentales para rogarles que cesaran, á fin de «no apenar á su buen Rey», y les conjuraron «de asombrarle por sus virtudes».

§ 2.—ILUSIONES SOBRE LA POSIBILIDAD DE SEPARAR AL HOMBRE DE SU PASADO Y SOBRE LA POTENCIA TRANSFORMADORA ATRIBUÍDA Á LAS LEYES.

Uno de los principios que sirvieron de base á las instituciones revolucionarias fué el de que el hombre es fácilmente separable de su pasado y que

puede rehacerse una sociedad con instituciones. Persuadidos, según las luces de la razón, de que fuera de las edades primitivas que debían servir de modelos, representaba el pasado una herencia de supersticiones y de errores, los legisladores resolvieron romper por completo con él. Para señalar bien esta intención fundaron una nueva era, transformaron el calendario y cambiaron los nombres de los meses y estaciones.

Creyendo semejantes á todos los hombres, imaginaban poder legislar para el género humano. Condorcet creía sentir una verdad evidente al decir: «Una ley buena debe ser buena para todos los hombres, como una proposición de geometría es cierta para todos.»

Los teóricos de la Revolución jamás percibieron detrás de las cosas visibles los resortes invisibles que las conducen. Fué preciso el progreso de las ciencias biológicas para demostrar cuán profundos eran sus errores y hasta qué punto depende un sér de su pasado.

Los reformadores de la Revolución chocaron siempre con esta influencia del pasado sin comprenderla jamás. Quisieron aniquilarla, y fueron aniquilados por ella.

La fe de los legisladores en el poder absoluto atribuído á las instituciones y á las leyes, bastante amenguada al fin de la Revolución, fué completa en sus comienzos. Gregoire decía en la tribuna de la Asamblea constitucional, sin provocar ninguna extrañeza: «Si quisiéramos, podríamos cambiar de religión, pero no queremos.» Sabido es que lo quisieron más tarde, y también es conocido cuán grandemente fracasó su tentativa.

Sin embargo, los jacobinos tuvieron entre las

manos los elementos del triunfo. Gracias á la más dura de las tiranías, desaparecían los obstáculos, y las leyes que les placían imponer eran siempre aceptadas. Después de diez años de violencias, de ruinas, de incendios, de asesinatos y de agitacionnes, su impotencia se reveló tan estruendosamente que cayeron bajo la reprobación universal. El dictador reclamado entonces por toda la Francia vióse obligado á restablecer la mayor parte de lo que había sido destruído.

La tentativa de los jacobinos para rehacer la sociedad en nombre de la razón pura, constituye una experiencia del más elevado interés. Probablemente no se presentará ocasión al hombre para repetirla en igual escala.

Aunque la lección haya sido terrible, sin embargo, no parece suficiente á muchos espíritus, ya que aún en nuestros días vemos á los socialistas proponerse rehacer una sociedad según sus quiméricos planes.

### § 3.—ILUSIONES SOBRE EL VALOR TEÓRICO DE LOS GRANDES PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS.

Los principios fundamentales sobre los que se basó la Revolución para edificar un derecho nuevo, hállanse contenidos en las Declaraciones de los Derechos del Hombre, formuladas nuevamente en 1789, 1793 y 1795. Están de acuerdo en proclamar que: «El principio de la soberanía reside en la nación.»

Las tres declaraciones varían además en varios puntos, principalmente el de la igualdad. La de



1789 dice sencillamente en su artículo 1.º: «Los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos.» La de 1793 va más lejos, y asegura en el artículo 3.º que: «Todos los hombres son iguales por naturaleza.» La de 1795 es más modesta y dice, artículo 3.º: «La igualdad consiste en que la ley es la misma para todos.» En añadidura, después de haber hablado de derechos la última Declaración, cree útil hablar de deberes. Su moral no es otra que la del Evangelio. Artículo 2.º: «Todos los deberes del hombre y del ciudadano derivan de aquellos dos principios grabados por naturaleza en todos los corazones: no hagas á nadie lo que no quisieras que te hiciesen; haz siempre á los demás el bien que quisieras recibir.»

Las partes esenciales de estas proclamaciones, las únicas que realmente han sobrevivido, fueron la igualdad y la soberanía popular.

A pesar de la debilidad de su contenido racional, la importancia de la divisa republicana: «Libertad, igualdad y fraternidad» fué grande.

Esta fórmula mágica, grabada en nuestros muros esperando á que lo esté en nuestros corazones, ha poseído realmente el poder sobrenatural, atribuido por los hechiceros á ciertas palabras.

En razón de nuevas esperanzas suscitadas por sus promesas, su poder de expansión fué considerable. Millares de hombres dejáronse matar por ella. En nuestros días, cuando estalla una revolución en alguna parte del mundo, se invoca siempre la misma fórmula.

Su elección fué siempre feliz. Pertenece á aquella categoría de sentencias imprecisas, evocadoras de sueños, que cada cual es libre de interpretar según sus deseos, sus odios y sus esperanzas. En

materia de fe, el sentido real de las palabras no importa gran cosa; el que se le atribuye crea su potencia.

De los tres principios de la divisa revolucionaria, el de igualdad engendró el mayor número de consecuencias. En otro lugar de esta obra veremos que es casi el único que ha sobrevivido y cuyos efectos todavía se manifiestan.

Seguramente la Revolución no fué la que introdujo la idea de igualdad en el mundo. Sin remonarnos á las repúblicas griegas, puede observarse que la teoría igualitaria había sido enseñada con la mayor claridad por el cristianismo é islamismo. Todos los hombres, súbditos de un mismo Dios, eran iguales ante él y juzgados únicamente según sus méritos. El dogma de igualdad de las almas ante el Creador fué un dogma esencial, tanto en los musulmanes como en los cristianos.

Pero proclamar un principio no basta á hacerlo observar. La Iglesia cristiana renunció pronto á su igualdad teórica, y los hombres de la Revolución no la tuvieron en cuenta más que en sus discursos.

El sentido del término igualdad, varía según las categorías de personas que lo usan. Cubre á menudo sentimientos muy contrarios á su sentido real y representa entonces la imperiosa necesidad de no tener á nadie sobre sí, unida al deseo no menos vivo de sentirse superior.

En los jacobinos de la Revolución, como en los actuales, la palabra igualdad traducía simplemente un odio envidioso de todas las superioridades. Para borrarlas, pretendían unificar las costumbres, las maneras, los trajes, los empleos. Todo despotismo que no fuera el ejercido por ellos, antojábaseles odioso.

No pudiendo evitar las desigualdades naturales que les sorprendían, hubieron de negarlas. La segunda Declaración de los Derechos del Hombre, la de 1793, más arriba citada, afirma, en contra á la evidencia, que: «Todos los hombres son iguales por naturaleza.»

Parece ser que la sed ardorosa de igualdad no haya ocultado en muchos hombres de la Revolución una intensa necesidad de desigualdades. Napoleón vióse obligado á restablecer para ellos los títulos nobiliarios y las condecoraciones. Después de haber demostrado que fué en los más enreídos revolucionarios en quienes encontró los más dóciles instrumentos de gobierno, añade Taine:

«En seguida, bajo sus predicaciones de libertad y de igualdad, reparó sus instintos autoritarios, su necesidad de mandar. Entre el delegado del Comité de Salvación pública y el ministro, el prefecto ó subprefecto del Imperio, la diferencia es pequeña; es el mismo hombre con dos trajes: primeramente, con carmañola; luego, con traje bordado.»

El dogma de la igualdad tuvo por primera consecuencia la proclamación por la burguesía de la soberanía popular. Esta soberanía fué, por lo demás, muy teórica durante toda la Revolución.

El principio de igualdad fué el de la Revolución. Los dos términos, libertad y fraternidad, que lo encuadran en la divisa republicana, tuvieron siempre una acción muy débil. Puede decirse aún que fué nula totalmente durante toda la Revolución y el Imperio, y no sirvió más que para mayor galanura de los discursos.

Su influencia no fué mucho mayor á continuación. La fraternidad no ha sido practicada jamás, y de la libertad, los pueblos se han preocupado siempre muy poco. En la actualidad, los obreros

la han abandonado por completo á sus sindicatos.

En resumen: aunque la divisa republicana haya sido muy poco aplicada, tuvo una influencia muy grande. De la Revolución no ha quedado más en el alma popular que las tres célebres palabras que resumen su evangelio y que sus armas propagaron á través de Europa.